

DE CÓMO FICCIONAR HISTORIAS

José Carlos Blázquez Espinosa¹



Antología de cuento histórico revela, en su título, la materia prima que lo compone: son cuentos, ficción; cuentos ubicados en una temporalidad ya pasada, histórica, que va de la Colonia al siglo XX. Qué es lo que lo hace especial este libro. En primer término, que es un producto añejado, fruto de doce años de trabajo empecinado en maridar la historia y la literatura. Una actividad cotidiana que seguramente ha tenido sinsabores, pero, a la larga, ha dado sus frutos. Esa relación: Historia y Literatura, como lo descubrieron sus noveles autores, es entrañable. La *Antología de cuento histórico* es un libro compilado por una historiadora y sus hacedores son todos ellos estudiantes de historia, lo que no deja de ser interesante, habida cuenta de que ambos oficios —escribir historia y escribir ficción— parecerían transitar por caminos diferentes. El cruce de ambos resulta aquí provocador e interesante.

Acostumbrados a que un libro se divide en capítulos, éste va a contracorriente. No cree en la rigidez académica sino en el carácter lúdico que la lectura y la escritura puede provocar en el lector o en el prosista. Todo lector de poesía —escribió José Emilio Pacheco— es un aprendiz de poeta. Podríamos retomar la afirmación y decir que todo lector de cuentos en un cuentista en potencia, lo mismo podemos expresar de aquel que fatiga sus ojos leyendo novelas. Todo para señalar, en términos coloquiales, que "el con lobos anda a aullar aprende", y éste es un aprendizaje maravilloso por todo lo que implica.

La *Antología de cuento histórico* se divide en años: "Año viejo", "del caldo",

¹ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Facultad de Filosofía y Letras, ORCID iD: 0000-0002-6031-0508, jc_blazquez@hotmail.com

"pasado", "en curso", "cruzado", "bucólico", "pesado", "bélico", "fantástico", y "Año soñado". Diez años adjetivados, salvando las distancias, a la manera en que Borges cita cierta enciclopedia china en la que los animales se clasifican de un modo inverosímil para los occidentales. Es Una década en la que conviven 28 relatos que, como su nombre lo dice, son cuentos que, inspirados en algún evento histórico los más, aspiran a la verosimilitud y no a la verdad histórica.

Marcel Schwob apuntó en *Vidas imaginarias* (1896) que "La ciencia histórica nos deja en la incertidumbre de los individuos. Nos revela nada más los puntos por los que estuvieron unidos a las acciones generales"; es decir, el individuo se pierde en el desarrollo de los acontecimientos, en el fragor de la batalla, en la tragedia que asola a una población y sume a la persona en el anonimato. "El arte, añadirá, está en oposición con las ideas generales, no describe sino lo individual, no desea sino lo único". Añade que "El sentimiento de lo individual se ha desarrollado más en los tiempos modernos". De alguna manera, los cuentistas reunidos en esta *Antología* describen al individuo, nos cuentan lo que les caracterizó, sus particularidades, su unicidad en el tiempo que les tocó vivir y cómo respondieron a esa realidad.

II

En cada uno de los años encontramos relatos que, obra colectiva, polifónica, ponen de manifiesto las preocupaciones y reflexiones que el pasado provoca en sus autores; ya sea a partir de un evento histórico de gran alcance, o una noticia perdida en la página de algún diario. Los relatos, sin embargo, no se quedan en el mero registro, lo trascienden. Y lo trascienden a partir del trabajo creativo de sus autores. Ese es, sin duda, uno de los aciertos de este trabajo. Los autores descubren que, más allá de la mera comunicación del hallazgo del suceso histórico, se le puede recrear. El evento histórico puede enmarcarse en una temporalidad, en un territorio, en la fría estadística de los protagonistas participantes, en los nombres relevantes: los héroes, los dirigentes, los mártires. Pero el día a día de los individuos que no tienen historia —porque no tienen voz— no aparece registrado. Contra ello se pronuncian los autores de la *Antología*. Ponen en primer término a los protagonistas en lo individual.

Y ello no es casual. Un evento ocurrido en el pasado puede resultar por sí mismo relevante. Ricoeur señala, palabras más, palabras menos, que en el tiempo histórico se convierte en tiempo humano cuando se recurre a la narración. Y cuando advertimos las alegrías, las esperanzas, los sinsabores, las tragedias que les ocurren a los individuos, no podemos permanecer incólumes. Una elemental empatía amanece en nosotros y borra la indiferencia, hace que nazca la indignación. La narración surte efecto.

III

Escribe Fernando Flores Alvarado en el prólogo a propósito de cómo se cocinaron estos cuentos:

Los elaboraban con recuerdos, con ideas y con sentimientos. Grandes, pequeños, lineales o redonditos. Los juntaban en grandes peroles humeantes y los removían pacientemente, mientras les iban agregando letras. Porque no existen seres más fascinantes ni arriesgados que las letras. Cada una

tiene su propio sonido y carácter. Se van poniendo de acuerdo para juntarse en palabras con las que se puede escribir un montón de párrafos de distinta índole y con intención diferente.

[...]

la Historia está hecha de historias; que las frases fulminantes y los componentes inesperados son los que hacen apasionante un cuento; que los párrafos nunca son incorrectos sino solamente perfectibles, y que los cuentos llegan a grandes alturas si son escritos con la suficiente dedicación y el afecto necesario.

Dirá la compiladora, Paulina Latapí, con un amor de suegra, que son Cuentazos.

IV

Escribirá Paulina Latapí: "lo disciplinario *per se* los desmotiva y les impide mejorar. El gozo y el conocimiento histórico y literario han de preceder al disciplinario". En efecto, muchas veces, las más, lo obligatorio parece amedrentar. ¿Cómo es que no logramos despertar en nuestros alumnos ese interés por lo histórico, por lo literario? ¿Cómo transmitir esa pasión, ese gozo que el conocimiento, la lectura y la escritura pueden suscitar? Quizás tenga que ver con la manera en cómo asumimos nuestro trabajo los encargados de emular a Sócrates.

La escritura. Nuestra lengua consta de cinco vocales y veintitantos consonantes. Con ese número limitado de grafías podemos formar nuestras palabras, miles de palabras; expresar con oraciones todo cuanto deseamos: nuestras filias y fobias, nuestros miedos y esperanzas. Podemos inventar una *realidad literaria* que no por ser invención es menos real que la *realidad real*. Antes de que estas mujeres y hombres jóvenes tomasen la pluma, o teclearan en su ordenador, sus relatos no existían. Ahora están ahí y no podemos permanecer indiferentes ante ellos. Nos convocan, nos interpelan. Despiertan en nosotros sentimientos que obligan, de alguna manera, a la reflexión. Borges, uno de sus ancestros, lo mostrará de manera magistral en *El Aleph*, ese cuento que toma su nombre de la primera letra del alfabeto hebreo. El Aleph es el infinito, una esfera en la que la realidad se ve simultáneamente pero que sólo se puede expresar de manera sucesiva: encadenando letras y encadenando palabras hasta que éstas cobran un sentido o dibujan una imagen en nuestro pensamiento; es decir, a partir de la escritura. El oficio que estos jóvenes han elegido, o quienes han sido elegidos por este oficio para que sean sus ejecutantes.

La lectura en voz alta. En algún momento los oficiantes de la *Antología* recurrieron a ella, la sintieron necesaria. Las palabras escritas debían tomar la fugaz corporeidad de la voz evanescente. Apenas pronunciadas, desaparecían, se convertían en un eco que, sin embargo, habían creado una imagen que temblaba en el espejo de agua de la conciencia. Como el texto está ahí, no parece necesario memorizarlo. Podemos volver cuantas veces queramos o cuantas veces sea necesario. Atadas las palabras a la blancura de la hoja permanecen dormidas hasta que nuestra voz las despierta, las convoca. Es entonces cuando sucede el milagro. Nos congregan y, a veces por turnos, les insuflamos el aliento que les da vida. La historia y la literatura, esas hermanas que se mecieron en la misma cuna, congregan a la tribu. Estos y estas oficiantes, con sus palabras, nos han congregado. Enhorabuena a los jóvenes

talentos que han despertado, enhorabuena a la antologadora que ha visto el fruto de su dilatado y hermoso esfuerzo.

REFERENCIA

Latapi, P. (Coomp.) (2023). *Antología de cuento histórico*. Fondo Editorial y Universidad Autónoma de Querétaro.